

iguales costumbres y creencias y organización interna, salvando las diferencias locales tales como dialectos, estilos, etc.

6 Los mapuches argentinos constituyen una rama de mapuches chilenos emigrados, por diversas razones, a partir del siglo XVIII.

7 El problema del origen y desarrollo cultural del pueblo mapuche no puede desligarse del problema del poblamiento primitivo de Chile.

En este sentido, las mayores incógnitas se refieren, como en el caso del poblamiento de América, a la cultura arcaica y a las influencias foráneas para el desarrollo de las altas culturas.

## ANTECEDENTES REMOTOS DE LA NOVELA POLICIAL

por el prof. RICARDO BENAVIDES

Del Instituto Pedagógico de la U. de Ch., Valparaíso

¿Qué peculiar atracción posee el relato policial que nos lleva una y otra vez a sumergirnos en un mundo alterado en sus raíces por el crimen, a la espera del detective despegado y genial que lo vuelva, por gracia de su implacable deducción, a su idílica normalidad? Muchas respuestas se han intentado a esta pregunta. Desde la relativamente simplista que hace de la lectura de novelas policiales un método corto y barato de evadirnos de la gravedad de nuestro tiempo hasta la profunda que ve en lo policial la satisfacción de un anhelo asentado en los cimientos del alma humana: el resolver enigmas, anhelo simbolizado tan antigua y perfectamente en Edipo contestándole a la Esfinge. Sea cual fuere la respuesta, el hecho de la creciente difusión del género es, día a día, más obvio. Acaso una breve prospección histórica y alguna referencia a cómo se va construyendo, sirvan para explicarnos, si no las razones últimas de su existencia, por lo menos las penúltimas de su arrolladora popularidad.

Lo policial como enigma, como acertijo o adivinanza, ha preexistido centenariamente a su novelización. El asesinato de Abel y la rápida pesquisa del Gran Detective narrada en el Génesis, es acaso su primera modulación. La siguen la historia de Susana, la del ídolo babilonio Bel y sus monjes ladrones, el robo de Caco tal como lo cuenta Virgilio, la historia de los príncipes de Serendip. Y ya en la Edad Media Cristiana se nos aparece en la historia de Tristán e Isolda, en la de Don Rodrigo y la pérdida de España. De ahí pasa a los siglos siguientes y se manifiesta plenamente en el Zadig de Voltaire. Veamos cómo. Pregúntale a Zadig si ha visto el perdido perro de la reina. Responde: no es perro, es perra, muy fina, chiquita, ha alumbrado poco ha, cojea del pie izquierdo delantero y tiene las orejas muy largas. Alivio de los guardias al sentirse cerca del animalito extraviado. Sorpresa y furia cuando Zadig niega haberla visto. ¿Cómo pudo saber tanto de él? He aquí la respuesta: paseando por un bosquecillo

observé en la arena rastros de un animal, de un perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas me dieron a conocer que era perra y que le colgaban las mamas, de donde deduje que había dado a luz hacía poco. Leves marcas al lado de las patas delanteras me mostraron que tenía orejas largas y la menor profundidad de una de las primeras, que era coja. Estamos aquí, sin duda, con una casi perfecta prefiguración de Sherlock Holmes.

Pero aunque sea Holmes —y el nombre de su creador, Arthur Conan Doyle— el que primero se nos viene a la cabeza cuando pensamos en la novela policial con pretensiones históricas, no fue él el primer detective en las letras de Occidente. Lo fue Dupin, inventado por Edgar Allan Poe, unos cincuenta años antes del nacimiento de Holmes. En cuatro cuentos maestros estableció, de una vez para siempre, la estructura del cuento y de la novela de detectives. Veamos algunos de sus rasgos. Una pareja se encarga de la investigación. La forman un excéntrico agudo y enigmático y un amigo que hace las veces de narrador poco dotado. Nos presenta éste, de manera engañosamente ingenua, los datos del enigma. Pero la secuencia en que nos los entrega está dislocada y a su enderezamiento se abocará el protagonista. Su tarea es altamente dramática, aunque él no lo sea: de su labor dependerá la vida de un ser humano. Pero no se conducirá el investigador con la univocidad con que el científico expone sus hallazgos. A la inversa, deberá hacerlo de modo que el lector no consiga hasta el final descubrir el preciso valor de los datos que el ingenio relator entregó distorsionados. Viene el descubrimiento del culpable, sor-

presivo, inesperado y luego la prueba de su exactitud. Y esto es, en esencia, lo que constituye el relato.

Pero aunque hablemos de novela, deberemos atender a las profundas modificaciones que la fisiología del género sufre cuando se dedica a lo policial. Sus personajes no valen en cuanto criaturas de ficción sino en cuanto piezas de un rompecabezas desordenado. Sus cuitas son parte del rompecabezas, nunca testimonio de una vida interior que aspira a evidenciarse. El emplazamiento del relato, campo o ciudad, pensión o castillo, no existe como realidad en que los seres se instalan, sino que opera como lugar geométrico, en que una falla imperceptible permite el acceso del detective que lo volverá a su inmutable perfección.

Desde que Poe, en 1841, hizo de lo policial, novela policial, innovaciones de detalle se han ido introduciendo en el género. En vez del narrador desprevenido, el detective mismo nos entrega sus aventuras, sexo y violencia aparecen como notas caracterizadoras del relato; se intenta a veces reflejar, junto con los rasgos del enigma, aspectos de la vida y costumbres de una clase social o de una nación. Pero básicamente, el género sigue idéntico a su primera plasmación en manos de Poe. Crece, invade los anaqueles de las librerías, rompe las barreras intelectuales, pero no se renueva. Después de preexistirse por siglos, nació signado por una inescapable perfección. Y desde el advenimiento del racionalismo, desde la primacía de la ciencia en los órdenes del pensar, se ha convertido casi en un símbolo de nuestra época: símbolo de la desmilitarización de lo milagroso por la agencia omnipotente de la razón.